

POR UNA NUEVA VERSION DE ARIEL

No se ha hecho una revaloración moderna y joven de Rodó y del *arielismo*. Las parábolas y la limpia prosa, el tono alusivo y el lenguaje florido de reminiscencias clásicas del gran uruguayo habían llevado su prédica por todos los ámbitos de nuestra América.

Poco después, la postura contemplativa, un poco "al margen de la política" del ensayista platense se generalizó. En todas nuestras repúblicas, un escritor paciente y de párrafos bien burilados prolongó la meditación de Ariel en páginas un tanto evasivas, desprovistas de realidad, lánguidamente idealistas.

La relativamente brusca aparición del problema social, la insurgencia violenta de lo que podría llamarse las "minorías culturales", el apego juvenil y universitario al ideario socialista, el contacto con el pueblo y los obreros de los jóvenes entregados a labores de la inteligencia, acallaron pronto el sermón laico del meditador sereno de Motivos de Proteo y condenaron sus páginas, vibrantes de un fervor contenido y denso, al silencio de las bibliotecas.

Algún crítico de militancia política reconocida y de juicios rápidos y en apariencia inapelables calificó como "arielismo" a la traición que comete la inteligencia cuando se entretiene en bordar párrafos etéreos abandonando el examen y la denuncia de las lacras de la sociedad. Para ese escritor "arielismo" era una postura comodona, elogio del ideal remoto de comprensión de problemas abstrusos y sin raíces, para olvidar la dura realidad. Era "arielismo" el olvido de la sorda lucha de clases para refugiarse en la meditación desencarnada y apurada de logicidad y quizá de belleza.

La *trahison des clercs* denunciada por Benda tenía su materialización sudamericana en la "generación arielista", empeñada en justificar, bajo un manto recosido de ideales políticos difusos, las tiranías que en las tres décadas primeras de este siglo desgovernaban a América, tal como hoy lo hacen otras tantas, las que también han encontrado sus cantores, sus justificadores intelectuales.

Pero una relectura de los libros del maestro uruguayo quizá podría rendir un son diferente. El "arielismo" pudo ser, tal vez fue, con seguridad, una desviación interesada de la prédica rodoniana. No era alejar de los problemas angustiosos de la cultura americana siempre en riesgo, amenazada por las mayorías incultas y por las minorías aprovechadoras, lo que se propuso José Enrique Rodó. Acaso su paciente esfuerzo de orfebre tendía a mostrar de lo que es capaz un entendimiento criollo al trabajar sobre los temas dilectos que Roma nos había transmitido de Grecia. Acaso la benedictina acumulación de saber y de filosofía humanista y generosa del escritor uruguayo se proponía

erigir la estatua del intelectual, del meditador profesional y pulcro que aún no se había levantado en América, en esta tierra en que los pensadores geniales estuvieron siempre dentro de un batallador como Sarmiento, de un libelista como Montalvo, de un maestro de varia lección como Bello. Y en la agitada revulsión de un continente que aún busca su derrotero, el sureño quería demostrar que es posible la consagración a la vida espiritual, intensa, pero solamente espiritual. Por ello acaso su viaje a Europa, su ida fuera de América termina con su vida. En el escenario de su América que era la total, la de Juan María Gutiérrez y nuestro Don Juan, la de Martí y la de Bolívar, vivía el meditador, fuera de ella le faltó el oxígeno para el pulmón poderoso de gritos refrenados y de amonestaciones talladas en el mármol perfecto de una prosa inigualada.

La cuestión social ha arrancado de su sitial a la cuestión literaria y a la filosófica, porque era preciso que estos países y estas juventudes tomaran conciencia de su situación real y de la inmensidad de sus deberes colectivos. El enajenamiento del porvenir, de la prosperidad económica son tan visibles y tan brutales que las filas mejores de las juventudes hispanoamericanas no podían — ni pueden — permanecer indiferentes.

Pero el destino enmarca en solidaridad fraterna a Marta y María. El hombre de pico y el de arado, el minero y el agricultor, tanto como el hombre de estudio que rastrea la riqueza en un suelo esquilado pero que aún oculta tesoros fabulosos, no privan del lugar al artista ni al hombre que hace de la reflexión su razón de vida y la justificación de su existencia.

Acaso por ello, porque la lección de Rodó es siempre jugosa, porque sus libros no han dicho todavía todas sus verdades ni entregado todo el vino generoso que ocultan, vale la pena que las inteligencias jóvenes, los comportamientos nuevos valoren otra vez las numerosas y enojadas páginas del gran crítico, del humanista egregio, del hombre sereno que se empeñó en explicarse, sin compartirlo, el jacobinismo. Acaso para la fiebre actual de acción, para el criterio pragmático y violento de un sector juvenil la lección de Rodó sea, aún, la tarda y transparente oración pacífica del raudal cristalino, de agua, no de sangre. Pero para otro grupo de gente joven también, la lección de serenidad, de cordura, de nobleza, de empeñado meditar del gran uruguayo, quizá cobre actualidad valiosa, ejemplaridad sustancial y resonancias éticas imperiosas. La lección de Rodó vuelve a ser tema para mentalidades jóvenes, capaces de luchar contra los prejuicios y devolver a la inteligencia y a la sensibilidad su sagrado prestigio.